

Relatos sin fronteras

Los escuchadores de historias

En el prólogo a la segunda edición de *La Regenta* (1900), Benito Pérez Galdós escribía estas esclarecedoras palabras: «El estado presente de nuestra cultura, incierto y un tanto enfermizo, con desalientos y suspicacias de enfermo de aprensión, nos impone la crítica afirmativa, consistente en hablar de lo que creemos bueno, guardándonos el juicio desfavorable de los errores, desaciertos y tonterías» Casi un siglo más tarde, la situación parece volver a repetirse. Comparto con don Benito, aunque no siempre sea factible, su concepto de crítica. Para qué hablar de «tonterías», tan abundantes por otra parte, si el silencio es suficiente juez para éstas. Hablemos de aquello que merece la pena y de lo que, en definitiva, pensamos que debe ocupar un lugar en el presente y el futuro literario.

Reseñar *Relatos sin fronteras* de Antonio Pereira implica (he de decirlo de antemano) decantarse por «la crítica afirmativa». Pocos escritores dominan como él la técnica del relato breve. Las razones de esta agilidad en un género tradicionalmente secundario en nuestra tradición literaria se pueden extraer, entre líneas, de las propias palabras del escritor. En primer lugar, el concepto de oralidad. Si existe una forma de expresión literaria deudora de la palabra dicha ésta es sin duda el relato breve (si lo prefieren el cuento). Así, en «Confesiones del autor», refiriéndose al cuento «Palabras, palabras para una rusa», Pereira apunta: «La experiencia me ha enseñado que si un cuento funciona en la prueba de la oralidad, puede no ser un mal cuento» (pág. 7). En efecto, relatos ágiles más propios para leídos a viva voz que para una lectura íntima. En segundo lugar, la concisión. Algunas de las piezas que integran el volumen ocupan apenas dos páginas. Son fragmentos de vida captados en su esencia. De nada sirven detalles superfluos que enfanguen (adornen, para otros) lo necesariamente sencillo. He ahí una de las principales virtudes del estilo de Antonio Pereira. Regla elemental del relato breve es contar tan sólo aquello que interesa. Por ello, como género autónomo, no permite comparación posible con la novela; de ahí que tantos buenos novelistas patinen, de manera reiterada, en una parcela muchas veces considerada menor.

Relatos sin fronteras está integrado por diecisiete piezas, algunas de ellas ya publicadas en colecciones anteriores. Sin embargo, junto a los relatos inéditos, muchos de los ya publicados han sido retocados por el autor. Entroncando con

Borges, Pereira asume la necesidad de la revisión constante de la obra. Como si de un aedo o de un juglar se tratara, autor y obra se emparejan para matizarse y crearse a la vez que se explicitan.

Sin ánimo de hacer un repaso exhaustivo de todos los relatos que componen la colección, hemos de referirnos, necesariamente, a algunos de ellos. No por obvio, dejaré de hacer mención a «Palabras, palabras para una rusa», quizás la cumbre creadora de Antonio Pereira. En dicho relato se dibujan algunas de las constantes de la escritura del autor. De una parte, el humor irónico, casi esperpéntico, que llena cada línea. Al fondo, se deja sentir una sonrisa burlona dirigida a lo ridículo del comportamiento humano. De otra, tras la palabra, late la presencia de un narrador que, lejos de la omnisciencia, asume la limitación del fabulador, y se autocorriga, de manera constante, en sus apreciaciones.

Otro de los más destacados relatos es «Así empezó Lourido». Al humor, siempre presente, se añade la capacidad, magistralmente perfilada, de crear en el lector, en apenas una treintena de líneas, un cúmulo de expectativas que se resuelven de la forma más sorprendente posible. El receptor, una vez acabada la lectura, siente entonces la necesidad de volver hacia atrás para observar, en esta ocasión con detenimiento, los resortes con los que el autor ha conseguido captar su atención de manera tan inquietante. Como sugerencia, lean «El fetichista» (integrado en El urogallo) de Michel Tournier, con el que guarda interesantes semejanzas.

Terminaré esta reseña refiriéndome a dos grandiosos (el adjetivo, en esta ocasión, está cargado de sentido) relatos que, por sí solos, acreditan a su creador como un gran escritor. Me estoy refiriendo a «Las cordobesas sueñan con el Danubio» y «Obdulia, un cuento cruel». El primero, en apariencia inocente, supone una dura crítica contra el esnobismo y la vacua fascinación por lo desconocido que preside nuestras acciones; el segundo es una bellísima metáfora sobre la muerte, basada en la antitética imagen de una mujer moribunda y unas flores que nacen a la vida.

Más que «crítica afirmativa» habría que hablar, retocando las -palabras de Galdós, de «crítica necesaria». De la mano de un juglar privilegiado, los escuchadores de historias nos dejamos llevar por el encanto de su palabra, que se hace vida, intensa, en el mismo instante en que es pronunciada.

Emilio Peral